

Los corchetes á una moza
 Guiñan en un corredor,
 Y abajo en Zocodover
 Gritan en discorde son
 Los que en el mercado venden
 Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto
 En faz de grande aflicción,
 Rojos de llorar los ojos,
 Ronca de gemir la voz,
 Suelto el cabello y el manto,
 Tomó plaza en el salón
 Diciendo á gritos: «¡Justicia,
 Jueces, justicia, señor!»
 Y á los pies se arroja humilde
 De D. Pedro de Alarcón,
 En tanto que los curiosos
 Se agitan alrededor.

Alzóla cortés D. Pedro
 Calmando la confusión
 Y el tumultuoso murmullo
 Que esta escena ocasionó,
 Diciendo:

—Mujer ¿qué quieres?

— Quiero justicia, señor.

—¿De qué?

—De una prenda hurtada.

—¿Que prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú le diste?

— Le presté.

—¿Y no te le han vuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno..

—¿Y promesa?

—¡Sí, por Dios!

Que al partirse de Toledo

Un juramento empeñó.

—¿Quién es él?

—Diego Martinez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,

Que cumplirá si juró—

Quedó en silencio la sala,

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado són.

Un portero, levantando

El tapiz, en alta voz

Dijo:—El capitán D. Diego.—

Y entró luego en el salón

Diego Martinez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán D. Diego,

Dijole D. Pedro, vos?

Contestó altivo y sereno

Diego Martinez:

—Yo soy.

—¿Conoceis á esta muchacha?

—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicisteisla juramento

De ser su marido?

—No.

—¿Jurais no haberlo jurado?

—Sí juro —

—Pues id con Dios,

... ¡Miente!—clamó Inés llorando

De despecho y de rubor,

—Mujer, ¡piensa lo que dices!...

—Digo que miente, juró!

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudára de vuestro honor.

Tornó Martinez la espalda
Con brusca satisfacción,
E Inés, que le vió partirse
Resuelta y firme gritó:

—Llamadle, tengo un testigo,
Llamadle, otra vez, señor.—

Volvió el capitán D. Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcón,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razón.—

—¿Quién?

— Un hombre que de léjos
Nuestras palabras oyó,
Mirándonos desde arriba

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que espiró

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estáis loca ¡vive Dios!

¿Quién fué?

— El CRISTO de la Vega,
A cuya faz perjuró

Pusiéronse en pié los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro

Tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.

Un instante con los jueces
D. Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:
«La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay más tribunal que Dios.
Harémos.....lo que sepamos
Escribano, al caer el sol
Al CRISTO que está en la vega
Tomareis declaración »

II.

CUENTOS.

D. JUAN AROLAS.

La fuente encantada

Nora en su perfecto talle
Cima y cúmulo de gracias,
A la enredadera misma
Por ser tan flexible iguala;
Melancólico querube
La prestó trenzas doradas,
Ojos, tez, toda su gloria,
Reservándose las alas.

Feliz viviría Nora,
 Fresca rosa de bengala;
 Más amor vino al aldea,
 Porque en todas partes se halla.

Vino con Ovál, soldado
 De armadura muy pesada
 Y de casco reluciente
 Que sombrean plumas gualdas

La bella escuchó con gusto
 Sus torneos y batallas,
 Y sin advertirlo apenas,
 Bebió amor en sus palabras.

Sus padres que en Nora miran
 Al idolo de sus ansias,
 Contrarían su pasión,
 Que ya se arraigó en el alma.

.
 Sola se marchó á la fuente
 Mientras sombras apiñadas
 Precursoras de la noche,
 Valle y montes enlutaban.

Sola se marchó á la fuente
 Destapó la pila blanca,
 Y en ella vertió las perlas
 De sus lágrimas amargas

Mas Oval como aquel ángel
 Que preside á la esperanza,
 De pronto se apareció
 Para verla y consolarla
 Sus lágrimas enjugó,
 Su corazón puso en calma,
 Y apoyándola en sus brazos
 La condujo á su morada.

La hermosa de allí se fué,
 Dejando por su desgracia

La fuente de los encantos
Con la pila destapada.

¡Triste y dura fué su noche!
La embistieron mil fantasmas,
Y esqueletos que gemían,
Trasgos, y sangrientas larvas.

La luz era ya nacida
Cuando abandonó su cama,
Poseida de terrores
Porque recordó su falta.

Fué corriendo hácia la fuente,
Mas del sol iluminada
La pila por esta vez
A torrentes dió sus aguas.

Era un rio que ha vencido
Malecones y murallas,
Era un abismo y un mar
Agitado de borrascas.

La voz de las turbias ondas
Era voz de la venganza:
Las pastoras se escondían
Y los rústicos clamaban:

Nora enmudeció de pena,
Vino á parecer estátua,
Que el cincel de los dolores
En un golpe fabricára:

Ovál la subió á la cima
De una próxima montaña,
Que en aquel valle infeliz
Débil muro se levanta.

¡Qué horror!.....Desaparece el valle
Con árboles y con casas;
Todo es muerte, y todo es mar
Que para dar muerte avanza.

El sitio do los amantes

Antes de morir se abrazan,
 Es isla pequeña y débil
 De aquella laguna basta;
 Isla que se disminuye,
 Se humedece, se quebranta,
 Se pierde como una sombra,
 Que es un punto y luego es nada.

Dos ayes se llevó el viento,
 Dos cuerpos se llevó el agua,
 Y el ángel de los amores
 Al Edén llevó dos almas.

.....
 Era un valle deleitoso,
 Y hoy es lago con sus barcas,
 Y al amor se dá la culpa
 De tan singular mudanza.

(Poesías.)

D. NARCISO SERRA.

La confesión de un muerto.

D. Luis de Osorio, galán pendenciero y valiente, yendo una noche á rondar se encuentra en un muladar á un leproso que le pide auxilio: se le presta, llévale á costas al hospital y el leproso agradecido le desea el cielo y que no muera sin confesión, para lo cual pide á Dios, al morir, la gracia de bajar al Purgatorio empeñando su alma por la de D. Luis en el caso de que este muera inconfeso. Poco después Osorio seduce á la mujer de D. Pedro Velarde y aquel es muerto en una callejuela por los servidores de D. Pedro. Dios

concede á D. Luis que después de muerto se confiese y al llegar al Purgatorio el leproso le conduce en sus brazos al cielo. De esta manera termina el cuento:

VI.

Apuntaba el nuevo día,
Y muerto D. Luis de Osorio,
Camino del Purgatorio
El alma se dirigía.

Cuando á su puerla llegó
Iba ya á entrar resignado,
Mas se detuvo abrazado
Por otra alma que salió.

—No entres,—dijo,—tu lugar
No es ese lugar.—¿No es ese?
—No pese al demonio y pese
A tu vida no ejemplar.

Yo mi alma empañé por tí;
Muriendo sin confesión,
No lograbas tu perdón,
Te has confesado y salí.

Yo te he querido pagar
Haber muerto con reposo;
Soy el alma del leproso
Que hallaste en el muladar.

Dios mirando tu obra buena
Hizo un milagro notorio;
Yo en tanto del Purgatorio
Por tí pagaba la pena.
Te confesaste y así
Que pura tu alma quedó,
Merecía el cielo, y yo
Del Purgatorio salí,

Ven al trono celestial
Con rabia de Belcebú,
En mis brazos, como tú
Me llevaste al Hospital.

Y D. Luis con él subió
Hasta el celestial estrado,
Y colorin colorado,
Y mi cuento se acabó.

(Leyendas, cuentos y poesías.)

III.

POESÍA DRAMÁTICA.

COMPOSICIONES DRAMÁTICAS FUNDAMENTALES.

I.

TRAGEDIAS.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

EDIPO.

ESCENA III.

EDIPO, HYPARCO.

EDIPO. No es la desgracia, no, la que me oprime;
Mil veces su rigor desafiára,
En cambio de la horrenda incertidumbre
En que hundido mi espíritu batalla.

HYPARCO. ¿Qué incertidumbre? Explicáte....

EDIPO. Yo propio.
Mal pudiera, aún queriéndolo.

HYPARCO. Mas, habla,
Sepa al menos de tí.....

EDIPO. ¿Quieres saberlo?

HYPARCO. Sí.

EDIPO. Pues escucha y tiembla.-- Ya pisaba

Del panteón el último recinto;
 Y el silencio, el horror, la luz escasa
 De las antorchas fúnebres, el viento
 Que en las inmensas bóvedas zumbaba,
 De terror religioso me cubrían
 Cual si del triste mundo me alejara.
 ¿Lo creerás?... Al pasar entre las calles
 De apiñados sepulcros, las estatuas
 De mármol animarse parecían;
 Y que á mi vista súbito indignadas,
 ¡Fuera, profano, fuera! repitiendo,
 Confuso el eco ¡fuera! retumbaba.....

HYPARCO. ¿Es posible que Edipo el esforzado,
 Famoso por tan ínclitas hazañas,
 Esclavo de su ardiente fantasía
 Se deje intimidar por sombras vanas?....
 Fué tu imaginación.....

EDIPO. ¡No, Hyparco, amigo!
 Yo también lo creí; doblé mi audacia;
 Y con inciertos pasos, presuroso
 Llegué hasta el fondo de la oscura estancia.....
 ¡Nunca llegára, nunca!.... oculta mano
 Del término anhelado me alejaba;
 Mas yo luchando y reluchando ciego,
 Del buen Layo toqué la tumba helada.....
 ¡Infeliz! Con estrépito la losa
 Saltó en pedazos mil; palidas llamas
 Salieron del sepulcro, y al reflejo,
 Vi la sombra de Layo alzarse airada,
 Extenderse, crecer, tocar las nubes,
 Y en el profundo abismo hundir la planta.....

HYPARCO. Tranquilízate, Edipo..... ¿Qué delirio,
 Qué turbación es esa?.....

EDIPO. Envuelto estaba
 En la púrpura real; mas de su pecho
 Mostraba abierta la profunda llaga;
 Y, brotando la sangre, parecía
 Que hasta mi misma frente salpicaba.....

»

Atónito, turbado, confundido,
 En tierra me postré, la voz me falta
 Para invocar á la tremenda sombra;
 Mas osó alzar la vista, y de Yocasta
 Miro á mi lado la confusa imagen;
 Dudo, torno á mirar, voy á abrazarla,
 Y entre los dos lanzándose el espectro,
 Con sus sangrientas manos nos aparta.

HYPARCO. ¡Misero Edipo!.....

EDIPO.

Un lúgubre gemido
 Arrojó por tres veces, y otras tantas
 Me miró con ternura; hasta que al cabo
 Pronunció con dolor estas palabras:
Huye, infeliz, del tálamo y del trono
Que mancha el crimen..... dijo, y con la planta
 Hirió la hueca tumba, y en su seno
 Quedó la inmensa sombra sepultada.

D. JOSÉ ZORRILLA.

SOFRONIA.

ESCENA X.

EL EMPERADOR.

Lejos de mí la máscara: parezca
 Tal cual es la pasión que me devora,
 Y caiga de una vez en poder mio
 De esa beldad la apetecida joya.

ESCENA XI.

EL EMPERADOR, SOFRONIA

EMPERADOR. (Héla aquí: su beldad admiro mudo).

Salve, ¡oh Sofronia!

SOFRONIA.

Augusto, yo os saludo.

- EMPERADOR. Deja, deja la grave ceremonia
Y humilde tono para el vulgo rudo.
Tu esclavo soy no más: manda, oh Sofronia.
- SOFRONIA. Escusadme, señor, frases molestas
De galanteos para mí perdidos,
Que ni en mis labios hallarán respuestas,
Ni hallarán atención en mis oídos.
- EMPERADOR. Ya sé que mis ofertas reusando
Mis amorosas cartas no leiste;
Y ya sé que, mi enojo despreciando,
A mi esclavo tenaz «nunca» dijiste.
Mas tu obstinada resistencia entiendo:
Conoces lo que vale tu hermosura
Y á mis ojos la estás encareciendo.
Bien haces; oh celeste criatura;
Mas basta ya de tu rigor injusto,
Bañe tu faz, bellissima Sirena,
En vez del ceño que la entolda adusto,
Sonrisa de placer dulce y serena.
¿De qué te sirve, oh ninfa encantadora,
Tu ardiente corazón y tu hermosura,
Si te se va la vida hora tras hora
En calma triste y soledad oscura?
Otra existencia de placer te brinda
Mi poder y mi amor: deja que al cabo
El tuyo, hermosa, á mi pasión se rinda;
Déjame que á tus pies espire esclavo.
- SOFRONIA. Señor, mi corazón mentir no sabe:
No os amó nunca; y vuestro impuro halago
Imposible ha de ser que de él recabe
Un solo impulso del amor más vago.
Vos lo veis; encerrada eternamente
De mi cámara oculta en el retiro,
Se desliza mi vida dulcemente
Sin que el placer de esta ciudad demente
Me arranque al corazón solo un suspiro.
Noble, rica, envidiada y bien querida,
Podría yo llevar si me pluguiera

Inquieta, alegre y disipada vida,
 Como vos la llevais y Roma entera,
 Y así dejando vuestra ley cumplida
 A tachármela nadie se atreviera:
 Mas yo sé bien lo que á mi honor le debo
 Y vida tal porque me importa llevo.

EMPERADOR. La llevas, pobre tórtola enjaulada,
 La llevas porque nunca has sospechado
 Que tras los muros de que estás cercada
 Otra vida hay mejor que no has gozado.
 ¿Sabes tal vez cuan plácidas las horas
 Se van fuera de este ámbito sombrío?
 ¿Sabes tú cuántas fiestas seductoras,
 Cuánto en delicias hierva encantadoras
 Esa ancha Roma del imperio mio?
 Un imperio de dicha y bienandanza
 Donde el único fin es la ventura,
 Un imperio de amor donde no lanza
 Su rayo el duelo, y á el pesar no alcanza,
 Y donde reina libre la hermosura.
 Pues bien, del universo soberano
 No hay nada que á mi antojo se resista;
 Ese imperio feliz está en tu mano,
 Yo le pongo á tus pies, es tu conquista.

SOFRONIA. Apartaos, señor, ved que me ofende
 De vuestra loca audacia la grandeza;
 Si la hermosura ó el amor se vende
 No se ha vendido nunca la nobleza:

EMPERADOR. Óyeme y ve la asoladora llama
 Que tú en mi corazón has encendido;
 Fuego que más tu resistencia inflama
 Y á odiar me arrastra cuanto tú no has sido.
 Una sola muger no hubo en mi imperio
 A quien yo no llamara esclava mia,
 Nunca embozó mi amor vano misterio,
 Y mandaba mi amor, no se rendía.
 Mas no así al tuyo el corazón se atreve,
 Que cuanto te ama más, más se recela,

Y más conoce que arrastrarse debe
 Ante los sacros pies del bien que anhela
 Rendido está, mas tiéndele una mano,
 Y tu planta en pós dél tiende á mi trono.
 Reina; y si sirve de mi fé en abono
 O halaga tu capricho soberano
 Mándalo, y á tu voz polvo liviano
 Será esa Roma que escitó tu encono:
 El orbe entero se hundirá conmigo.
 Si una sonrisa de tu amor consigo

SOFRONIA. Basta, señor, que me afrentais.

EMPERADOR. ¡Sofronia!

SOFRONIA. Ya sé que vuestro imperio abominable
 Avergüenza á la misma Babilonia
 Por vuestro ejemplo torpe y execrable.
 Ya sé que en Roma sin pudor ni freno
 No hay más Dios que el placer, más ley que el gusto,
 Cuanto os halaga á vos, se da por bueno,
 Cuanto lleva el placer, se da por justo,
 Ya sé que al pueblo manteneis esclavo
 Con la embriaguez del vino y la licencia,
 Sin que haya un corazón que sepa bravo
 Acotar vuestra bárbara imprudencia:
 Sé que fiestas infames se instituyen;
 Leyes que la hermosura os esclavizan,
 Y á las nobles matronas prostituyen,
 Y los vicios y el crimen divinizan.
 Mas no llega hasta mi su aliento impuro;
 En mí se estrella vuestra ley tirana,
 Que aquí en mi pecho tras de doble muro
 Entera vive la virtud romana.
 ¿A mis plantas poneis vuestra corona,
 Emperador Augusto? Yo la piso;
 Sepa Roma que aun guarda una matrona
 Que la tuvo á sus pies y no la quiso.

EMPERADOR. En fiera saña tu soberbia loca
 Encendieran mi pecho, si pudieran
 Palabras que han salido de tu boca

Producir más que amor. En mí no alteran
 El que yo te consagro, que esta llama
 Que un ánima vulgar sofocaría
 Con tu frío desdén crece en la mia,
 Viento es tu voz que su volcan inflama.
 Yo te adoro, Sofronia: mas escucha,
 Que aunque este amor no atajarán tus brios
 De él me cercenan indulgencia mucha,
 Y van al fin á despertar los míos.
 Mi capricho es mi ley; de hierro ó de oro
 Bajo mi cetro estás; de ambos elije.

SOFRONIA. Estoy en vuestras manos, no lo ignoro;
 Mas prefiero la muerte, ya os lo dije.

EMPERADOR. ¡Muerte! veamos pues; fé ni ternura
 No bastan á rendirte á mis anhelos;
 Derroque pues la fuerza tu bravura:
 Todo ceda á mi amor.

SOFRONIA. ¡Valedme, cielos!

(El emperador se lanza hácia Sofronia. Esta le huye y en tal punto se presenta Silano por la derecha)

II.

COMEDIAS.

D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

LA VERDAD SOSPECHOSA.

ACTO III.

ESCENA VII.

D. GARCIA, TRISTAN.

GARCIA No ha estado aguda Lucrecia?
 ¡Con qué astucia dió á entender

Que le importaba no ser
Lucrecia!

TRISTAN. A fé que no es necia.

GARCIA. Sin duda que no quería
Que la conociese aquella
Que estaba hablando con ella.

TRISTAN. Claro está que no podía
Obligada otra ocasión
A negar cosa tan clara,
Porque á ti no te negára
Que te habló por su balcón.
Pues ella misma tocó
Los puntos de que tratastes
Cuando por él os hablastes.

GARCIA. En eso bien se mostró
Que de mí no se encubría.

TRISTAN. Y por eso dijo aquello:
«Y si os vuelven á hablar dello,
Sereis casado en Turquía.»
Y esta conjetura abona
Más claramente el negar
Que era Lucrecia, y tratar
Luego en tercera persona
De sus propios pensamientos,
Diciéndote que sabía
Que Lucrecia pagaría
Tus amorosos intentos,
Con que tú hicieses, señor,
Que los llegase á creer.

GARCIA. ¡Ay Tristan! ¿Qué puedo hacer
Para acreditar mi amor?

TRISTAN. ¿Tú quieres casarte?

GARCIA. Sí.

TRISTAN. Pues pídelas.

GARCIA. ¿Y si resiste?

TRISTAN. Parece que no la oiste
Lo que agora dijo aquí:
«Hacelde vos que lo crea,

Que yo la haré que se ablande,
 ¿Qué indicio quieres más grande
 De que ser tuya desea?
 Quien tus papeles recibe,
 Quien te habla en sus ventanas,
 Muestras ha dado bien llanas
 De la afición con que vive.
 El pensar que eres casado
 La refrera solamente,
 Y queda ese inconveniente
 Con casarte remediado;
 Pues es el mismo casarte,
 Siendo tan gran caballero,
 Información de soltero;
 Y cuando quiera obligarte
 A que des información,
 Por el temor con que va
 De tus engaños, no está
 Salamanca en el Japón.

GARCIA. Si está para quien desea;
 Que son ya siglos en mi
 Los instantes.

TRISTAN. Pues aquí
 ¿No habrá quien testigo sea?

GARCIA. Puede ser.

TRISTAN. Es facil cosa.

GARCIA. Al punto los buscaré.

TRISTAN. Uno yo te le daré.

GARCIA. Y ¿quién es?

TRISTAN. D. Juan de Sosa.

GARCIA. ¿Quién? ¿D. Juan de Sosa?

TRISTAN. Si.

GARCIA. Bien lo sabe.

TRISTAN. Desde el día
 Que te habló en la platería
 No le he visto, ni él á ti
 Aunque siempre he deseado
 Saber qué pesar te dió

El papel que te escribió
 Nunca te lo he preguntado,
 Viendo que entonces severo
 Negaste y descolorido;
 Mas agora, que ha venido
 Tan apropósito, quiero
 Pensar que puedo, señor,
 Pues secretario me has hecho
 Del archivo de tu pecho,
 Y se pasó aquel furor.
 Yo te lo quiero contar;
 Que pues sé por experiencia
 Tu secreto y tu prudencia,
 Bien te lo puedo fiar.
 A las siete de la tarde
 Me escribió que me aguardaba
 En San Blas, D. Juan de Sosa,
 Para un caso de importancia.
 Callé por ser desafío;
 Que quiere él que no lo calle
 Que le estorben ó le ayuden:
 Cobardes acciones ambas.
 Llegué al aplazado sitio,
 Donde D. Juan me aguardaba
 Con su espada y con sus celos,
 Que son armas de ventaja.
 Su sentimiento propuso;
 Satisfice á su demanda;
 Y por quedar bien, al fin,
 Desnudamos las espadas.
 Elegi mi medio al punto,
 Y haciéndole una ganancia
 Por los grados del perfil,
 Le di una fuerte estocada.
 Sagrado fué de su vida
 Un *Agnus Dei* que llevaba;
 Que topando en él la punta,
 Hizo dos partes mi espada.

GARCIA.

Él sacó pies del gran golpe;
 Pero con ardiente rabia
 Vino tirando una punta,
 Mas yo por la parte flaca
 Cogi su espada, formando
 Un atajo. Él presto saca
 (Como la respiración
 Tan corta linea le tapa,
 Por faltarle los dos tercios
 A mi poco fiel espada)
 La suya, corriendo filos;
 Y como cerca me halla
 (Porque yo busqué el estrecho,
 Por la falta de mis armas),
 A la cabeza furioso
 Me tiró una cuchillada.
 Recibila en el principio
 De su formación y baja,
 Matándole el movimiento
 Sobre la suya mi espada.
 ;Aqui fué Troya! Saqué
 Un revés con tal pujanza,
 Que la falta de mi acero
 Hizo allí muy poca falta.
 Que abriéndole en la cabeza
 Un palmo de cuchillada,
 Vino sin sentido al suelo
 Y aún sospecho que sin alma.
 Dejele así, y con secreto
 Me vine. Esto es lo que pasa,
 Y de no verle estos días,
 Tristan, es esta la causa.
 TRIST. ;Qué suceso tan extraño!
 ;Y se murió?
 GARC Cosa es clara.
 Porque hasta los mismos sesos
 Esparció por la campaña
 TRIST. ;Pobre D. Juan!....

ESCENA VIII.

D. JUAN Y D. BELTRAN.—DICHOS.

- TRIST. Mas ¿no este
Que viene aquí?
- GARC. ;Cosa extraña!
- TRIST. ¿También á mí me la pegas?
;Al secretario del alma!
(Ap. Por Dios que se lo creí
Con conocelle las mañas
Mas ;á quién no engañarán
Mentiras tan bien trovadas?)
- GARC. Sin duda que le han curado
Por ensalmo.
- TRIST. Cuchillada
Que rompió los mismos sesos;
¿En tan breve tiempo sana?
- GARC. ;Es mucho? Ensalmo sé yo
Con que un hombre en Salamanca,
A quien cortaron á cercén
Un brazo con media espalda,
Volviéndosela á pegar,
En menos de una semana
Quedó tan sano y tan bueno
Como primero.
- TRIST. ;Ya escampa!
- GARC. Esto no me lo contaron;
Yo mismo lo ví.
- TRIST. Eso basta
- GARC. De la verdad, por la vida,
No quitaré una palabra.
- TRIST. (;Qué ninguno se conozca!)
Señor, mis servicios paga
Con enseñarme ese ensalmo
- GARC. Está en dicciones hebráicas,
Y si no sabes la lengua,
No has de saber pronunciarlas.

- TRIST. Y tú ¿sábesla?
 GARC. ¡Qué bueno!
 Mejor que la castellana:
 Hablo diez lenguas,
 TRIST. (Ap.) (Y todas
 Para mentir no te bastan.)

D. LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN

LA COMEDIA NUEVA.

ACTO I.

ESCENA IV.

D. HERMÓGENES, D. ELEUTERIO, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPI.

D. HERM. Buenas tardes, señores

D. PED. A la orden de usted.

D. ANT. Felicisimas, amigo D Hermógenes

D. ELEUT. Digo, me parece que el señor Don Hermógenes, será juez muy abonado (*D. Pedro se acerca á la mesa en que está el diario: lee para si y á veces presta atención á lo que hablan los demás.*) para decidir la cuestión que se trata: todo el mundo sabe su instrucción, y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga....

D. HERM. Usted me confunde con elogios que no merezco, señor Don Eleuterio. Usted solo es acreedor á toda la alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el más ameno de nuestros dias, su profunda erudición, su delicado gusto en el arte rítmica, su.....

- D. ELEUT. Vaya, dejemos eso
- D. HERM. Su docilidad, su moderación.....
- D. ELEUT. Bien; pero aquí se trata solamente de saber si....
- D. HERM. Estas prendas si que merecen admiración y encomio.
- D. ELEUT. Ya, eso si; pero diganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.
- D. HERM. ¿Disparatada? ¿Y quién ha prorumpido en un aserto tan.....
- D. ELEUT. Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece y nada más.
- D. HERM. Si diré; pero ante todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæimplexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai garoi praxeis*
- D. ELEUT. Hombre, pero si.....
- D. ANT. Yo reviento. (*Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*)
- D. HERM. *Cai gar ai praxis on mimeseis oi.....*
- D. ELEUT. Pero.....
- D. HERM. *Mythoi eisin iparchosin.....*
- D. ELEUT. No, pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.
- D. HERM. Ya estoy en la cuestión. Bien que para mejor inteligencia convendría explicar lo que los criticos entienden por prótasis, epitasis, catástasis, catástrofe, peripecia y anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que, segun Escalligero, Vossio, Darcier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...
- D. ELEUT. Bien; todo eso es admirable, pero ...
- D. PEDRO. Este hombre es loco.
- D. HERM. Si consideramos el origen de teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses....
- D. ELEUT. D Hermógenes, por amor de Dios, si no..

- D. HERM. Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxippō, Anajándrides, Eúpolis, Antiphanes, Philipides, Cratino, Crates, Epicrates, Menecrates y Phrebrates....
- D. ELEUT. Si le he dicho á usted que
- D. HERM. Y los más celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del Cerco de Viena.....
- D. PEDRO A Dios, señores. (*Se encamina hácia la puerta, Don Antonio se levanta y procura detenerle*)
- D. ANT. ¿Se va usted, D. Pedro?
- D. PEDRO. Pues quien sino usted tendrá frescura para oír esto
- D. ANT. Pero si el amigo D. Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida lejos de ser un desatino....,
- D. HERM. Ese es mi intento probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas, y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal aserción.
- D. PEDRO Pues yo delante de usted la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leído en ella, y por ser usted el que la jabona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito á la violeta presumido y fastidioso hasta no más. Adios, señores.

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

MUÉRETE Y VERAS.

ACTO III.

ESCENA IV.

D. ANTONIO, D. LUPERCIO, D. MARIANO, EL BARBERO,
D. PABLO.

D. PAB. Por aquí atajo camino.
 Tiro después á la izquierda.....
 ¡Oh Jacinta! Cuál va á ser
 Tu alegría, tu sorpresa.....
 Quizá no haya recibido
 Mis cartas; quizá me tenga
 Por muerto. De todas suertes
 Es imposible que sepa
 Mi llegada. Entrar de incógnito
 Ha sido feliz idea,
 Y apearne en un mesón.
 Antes que llegue á su puerta.
 Quiero besar otra vez
 Su adorada imagen bella. (*Saca el retrato y lo besa*)
 ¡Bien mio! ¿Serán iguales
 Tu hermosura y tu firmeza?
 ¡Ah! No lo dudo. Volemos... ..
Suenan las campanas. La música no ha cesado.
 Mas ¿qué campanas son esas?
 Tocan á muerto! Con malos
 Auspicios vuelvo á mi tierra.
 No he temido en la campaña
 A balas ni bayonetas
 Y sin poder remediarlo.

Esas campanas me aterran.
 ¡Por cierto que es miserable
 La humana naturaleza!
 A muerto, si! En ese templo
 Están celebrando exequias.....
 Si entraré.....Mejor será
 Preguntar en esta tienda
Deo gratias.

BARB. *(Saliendo)* Adelante.
 La navaja está dispuesta.
 Éntre usted. Le afeitaré
 Con primor y lijereza.

PAB. No lo necesito. Gracias;
 Parece que en esa Iglesia
 Hay entierro. Sabe usted
 Quién es.....digo mal, quién era
 El muerto?

BARB. D. Pablo Yagüe.

PAB. (¡Demonio!) ¿Habla usted de veras?

BARB. Lo que oye usted; si; D. Pablo,
 Natural de Cariñena,
 Vecino de Zaragoza,
 Hacendado, hombre de letras,
 De estado soltero, edad
 Como de veintiocho á treinta,
 Oficial movilizado,
 Buen mozo, etc. etc.

PAB. *(Peregrina es la aventura;*
Y el hombre da tales señas.....
Lo más singular del caso
Es el ser yo á quien lo cuenta.)

BARB. Ya nadie ignora su muerte;
 Ni aun los niños de la escuela.

PAB. (¡Bravo! Puede ser que yo
 Me haya muerto y no lo sepa.)

BARB. Parece que V. se aflige
 Al oír tan triste nueva.

PAB. Todas las malas noticias

- Que oiga yo sean como esa!
- BARB. ;Qué dice usted! Con que un muerto.....
- PAB. Dios le dé la gloria eterna,
Pero yo lloràra más
La muerte de otro cualquiera.
- BARB. ¡Hombre! ;Por qué?
- PAB. Yo me entiendo.
;Ha muerto aqui?
- BARB. No. En la guerra;
En la gloriosa jòrnada
De los campos de Gandesa.
Murió como un Alejandro
Después de hacer mil proezas.
Cargó él solo á un batallón
Y le quitó la bandera.
- PAB. ;Cáspita!
- BARB. Treinta facciosos
Le atacan; y él ;qué hace? Cierra
Con todos, y á veinticuatro
Deja tendidos.
- PAB. ;Aprieta!
- BARB. Al fin sucumbió. ;Qué lástima!
Un mozo de tantas prendas.....
- PAB. ;Ah! ;Le conocía usted?
- BARB. No señor; y es que á la cuenta,
Se afeitaba solo. Pero
Todo el mundo le celebra
- PAB. Después de muerto! ;Verdad?
*(Vuelve á oirse el son de las campanas sin cesar
el de la música.)*
- BARB. Yo le diré á usted.....
*(Los tres paseantes se paran en corrillo cerca de
la barbería.)*
- LUP. Aún suenan
Las campanas. ;Pobre Pablo!
Su muerte me causa pena.
- BARB. Justamente esos señores
Hablan del muerto.

- PAB. Quisiera
Escuchar....
- BARB. Pues entre usted
En el corro: con franqueza,
Son parroquianos y amigos.
- PAB. No quiero yo que me vean.
- BARB. ¿Por qué?
- PAB. Tengo mis razones.
- BARB. Si no mienten mis sospechas
Uste es pariente del muerto.
- PAB. Algo hay de eso; si.
- BARB. Por fuerza
(Cuando vi que se alegraba
De oír el *requiem eternam*,
Dije para mí al momento:
Este es de la parentela,)
Y allí hay música
- PAB. Es un baile
- BARB. (D. Pablo aplica el oído sin desembozarse)
¿Este es el mundo!
- PAB. Mi lengua
- MAR. Siempre elogiará á D. Pablo.
- ANT. ¿Qué talento aquel!
- LUP. ¿Qué amena
Conversación!
- MAR. ¿Qué donaire!
- BARB. ¿Lo oye usted?
- PAB. Si
- ANT. ¿Qué nobleza
De sentimientos!
- LUP. Su bolsa
Para todo 'el mundo abierta....
- PAB. Esos que ahora le alaban
Le quitaban la pelleja
Cuando vivo: yo lo sé.
Maestro, al que está en la huesa
Nadie le envidia! (*Cesa la música*)
- BARB. En efecto;

- Siempre oigo decir lindezas
De todos los que se mueren.
- ANT. Dices bien. No lo creyera
De D. Mátiás. ¡Qué acción
Tan indigna! ¡Qué bajeza!
Solicitar á Jacinta.....
- PAB. (¡Qué oigo!)
- ANT. Habiendo sido prenda
De su amigo y camarada!
- PAB. (¡Ah, traidor amigo.. ! Y ella... .
¡Oh! no; no es posible.Oigamos.....
Ahora que más me interesa
Oírlos, bajan la voz!)
- LUP. No vi ingratitud más negra.

III.

DRAMAS.

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

EL ALCALDE DE ZALAMEA.

JORNADA TERCERA.

ESCENA XV.

D. LOPE, SOLDADOS.—CRESPO.

- D. LOP. (*Dentro*) Pára, pára.
- CRESP. ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy
Se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?
(*Salen D. Lope y soldados.*)

- D. LOP. ;Oh Pedro Crespo! Yo soy,
 Que volviendo á este lugar
 De la mitad del camino
 (Donde me trae, imagino,
 Un grandisimo pesar),
 No era bien ir á apearne
 A otra parte, siendo vos
 Tan amigo
- CRESP. Guárdeos Dios;
 Que siempre tratáis de honrarme.
- D. LOP. Vuestro hijo no ha aparecido
 Por allá
- CRESP. Presto sabréis
 La ocasión: la que tenéis,
 Señor, de haberos venido,
 Me haced merced de contar;
 Que venis mortal, señor.
- D. LOP. La desvergüenza es mayor
 Que se puede imaginar.
 Es el mayor desatino
 Que hombre ninguno intentó.
 Un soldado me alcanzó
 Y me dijo en el camino.....
 —Que estoy perdido, os confieso
 De cólera.
- CRESP. Proseguí.
- D. LOP. Que un alcaldillo de aquí
 Al Capitán tiene preso.—
 Y ;vive Dios! no he sentido
 En toda aquesta jornada
 Esta pierna excomulgada,
 Sino es hoy que me ha impedido
 El haber ántes llegado
 Donde el castigo le dé.
 ;Vive Jesucristo, que
 Al grande desvergonzado
 A palos le he de matar!
- CRESP. Pues habeis venido en balde,

Porque pienso que el alcalde
No se los dejará dar.

D. LOP. Pues dárselos, sin que deje
Dárselos.

CRESP. Malo lo veo;
Ni que haya en el mundo creo
Quien tan mal os aconseje.
¿Sabeis por qué le prendió?

D. LOP. No; mas sea lo que fuere,
Justicia la parte espere
De mí, que también sé yo
Degollar, si es necesario.

CRESP. Vos no debéis de alcanzar,
Señor, lo que en un lugar
Es un alcalde ordinario.

D. LOP. ¿Será más que un villanote?

CRESP. Un villanote será
Que si cabezudo da
En que ha de darle garrote,
Por Dios se salga con ello.

D. LOP. No se saldrá tal, por Dios;
Y si por ventura vos,
Si sale ó no, quereis vello
Decid donde vive ó no.

CRESP. Bien cerca vive de aqui.

D. LOP. Pues á decirme veni
Quien es el alcalde

CRESP. Yo.

D. LOP. ¡Vive Dios, que si sospecho!.....

CRESP. ¡Vive Dios, como os lo he dicho!

D. LOP. Pues, Crespo, lo dicho, dicho.

CRESP. Pues, señor, lo hecho, hecho.

D. LOP. Yo por el preso he venido,
Y á castigar este exceso.

CRESP. Pues yo, acá le tengo preso
Por lo que acá ha sucedido.

D. LOP. ¿Vos sabeis que á servir pasa
Al Rey, y soy su juez yo?

- CRESP. ¿Vos sabeis que me robó
A mi hija de mi casa?
- D. LOP. ¿Vos sabeis que mi valor
Dueño de esta causa ha sido?
- CRESP. ¿Vos sabeis cómo atrevido
Robó en un monte mi honor?
- D. LOP. ¿Vos sabeis cuánto os prefiere
El cargo que he gobernado?
- CRESP. ¿Vos sabeis que le he rogado
Con la paz y no la quiere?
- D. LOP. Que os entrais, es bien se arguya,
En otra jurisdicción.
- CRESP. Él se me entró en mi opinión
Sin ser jurisdicción suya.
- D. LOP. Yo sabré satisfacer,
Obligándome á la paga.
- CRESP. Jamás pedí é nadie que haga,
Lo que yo me puedo hacer.
- D. LOP. Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.
- CRESP. Yo por acá he sustanciado
El proceso
- D. LOP. ¿Qué es proceso?
- CRESP. Unos pliegos de papel
Que voy juntando, en razón
De hacer la averiguación
De la causa.
- D. LOP. Iré por él
A la cárcel
- CRESP. No embarazo,
Que vais, sólo se repara,
Que hay orden, que al que llegare
Le den un arcabuzazo.
- D. LOP. Como esas balas estoy
Enseñado yo á esperar.
(Mas no se ha de aventurar
Nada en esta acción de hoy.)
Hola, soldado,, id volando,

Y á todas las compañías
 Que alojadas estos días
 Han estado y van marchando,
 Decid que bien ordenadas
 Lleguen aqui en escuadrones,
 Con balas en los cañones
 Y con las cuerdas caladas.

UN SOLDADO. No fué menester llamar
 La gente; que habiendo oido
 Aquesto que ha sucedido,
 Se han entrado en el lugar.

D. LOP. Pues, vive Dios, que he de ver
 Si me dan el preso ó no.

CRESP. Pues, vive Dios, que ántes yo
 Haré lo que se ha de hacer.

D. EULOGIO FLORENTINO SANZ.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

ACTO III.

ESCENA VIII.

QUEVEDO. — OLIVARES.

OLIVARES. (*Dándole un papel*).

Carta póstuma, Quevedo.

QUEVEDO. (*Después de mirarlo por todos lados y entregándole otro á Olivares*).

Carta inédita, Olivares.

OLIVARES. Pláceme, por Dios el trueque.

QUEVEDO. Por Dios que también me place.

OLIVARES (*Leyendo*). «A la Infanta Margarita»

QUEVEDO. La orden era terminante.

OLIVARES. «Darás al punto la muerte.»

QUEVEDO. Sentencia que vos firmásteis.

- OLIVARES. Es verdad, —Y este soneto,
Como dimos en llamarle,
Si..... me ha puesto algunas veces
Descolorido el semblante.
- QUEVEDO. Pues ese escrito sangriento
—Ved lo que son los contrastes!—
Ha de volver los colores
Al puro rostro de un ángel.
- OLIVARES. (*Con gran complacencia*).
Soneto impio. —Quevedo,
Permitidme que le rasgue
Sin demora.... No; imagino
Que es más seguro quemarle.
- QUEVEDO. ¡Carta feliz! —Conde-Duque
Permitidme que repase
Sus renglones.... —De la Reina
Quiero en la dicha gozarme
- OLIVARES. Y esperais.... ?
- QUEVEDO. (*Con tono solemne*) En este escrito
Hoy habla al Rey un cadáver;
(*Leyendo*) «Al Rey.» —Oid como escriben
Los moribundos con sangre:
—«Muero, es justo; la beldad
»Amé, que en el trono vi.....
»Pero siempre—es la verdad! —
»Ignoró su Magestad
»Este ciego frenesí.
»Jamás hablamos los dos. ...
»Lo jura una alma cristiana
»Ya en la presencia de Dios!
»Muero ... perdonadle vos.....!
»Con sangre.. .. Villamediana.»
De la fé de un moribundo
Ni el Rey dudará ni nadie.
- OLIVARES. Pero vos al recibirla
Me parece que dudásteis.....
- QUEVEDO. De su origen, Conde-Duque....!
Porque como sois tan hábil,